

mundo y del encanto de sus pecaminosos deleites? Pero ¿qué es lo que digo? ¿De qué proviene que estas felices inclinaciones con que nacieron sean el pretexto de su impenitencia, que fiados en ellas se prometan una conversion futura, y que hallándose con mas disposiciones para la virtud que otros pecadores mueran impenitentes, porque no se sentian obstinados? Aun no digo bastante, católicos; examinad lo que pasa en el mundo, y veréis que las personas de un carácter mas pacífico, las mas dispuestas á la virtud, los corazones mas tiernos, mas sinceros y mas generosos, son los que mas se dejan engañar de los deleites. ¿Qué es, pues, lo que habeis ofrecido á la gracia presentándola una alma buena y fácil, sino mas disposiciones para los deleites y mas obstáculos á la virtud? Quanto mas parece que os habia favorecido la naturaleza, quanto mas distantes estábais del reino de Dios, tanto mas debeis bendecir á la mano misericordiosa que os ha mudado en medios de santificacion las mismas inclinaciones que en otros son el escollo de su inocencia; que ha mudado vuestra inclinacion al vicio en un santo deseo de la justicia; vuestro amor á las criaturas en una amorosa compuncion hácia él; vuestros movimientos profanos en santas lágrimas: si alguna vez se os permite reflexionar sobre ese natural dócil que se os concedió al tiempo de nacer, es para que os confundais de haberle hecho servir tanto tiempo á la injusticia, y de no haber hecho mas uso de los talentos que os distinguen de los demás hombres, que el haber hallado en ellos una distincion infeliz en la ciencia del pecado y en la satisfaccion de sus pasiones. ¡Quién soy yo, ó Dios mio, para querer hallar en mi corazon las razones de vuestras misericordias! Un infeliz á quien han hecho mas culpable vuestros dones; un pecador que en vuestros mismos beneficios ha hallado la raíz de sus miserias; un mónstruo de ingratitud que se ha divertido en juntar cuantas disposiciones favorables á la virtud puede dar de sí un natural feliz con cuanto puede inspirar á favor del vicio una voluntad corrompida.

23. La segunda razon por que el reconocimiento, que debe ser continuo en las almas á quienes Dios ha movido, se entibia en nosotros, es porque nos vamos olvidando de nuestras pasadas miserias. En los primeros dias de nuestra penitencia, apenas nos atrevíamos á mirarnos á nosotros mismos: los horrores de nuestra alma, que aun estaban vivos, por decirlo así, hacian gemir á nuestra fe; nuestros desórdenes se presentaban todavía á nuestra vista con toda su fealdad; y aun era preciso que el confesor prudente y caritativo nos

los disfrazase para mitigar nuestros temores, y para que no desmayase nuestra flaqueza: entonces la sola tentacion que padecíamos era el conocer demasiado nuestra miseria. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con nosotros mismos; nuestras falsas virtudes nos han ocultado nuestros pasados delitos, y algunos pocos dias dedicados á la penitencia, algunas pocas lágrimas han borrado de nuestra memoria los horrores de una vida llena de iniquidad; de este modo el reconocimiento del beneficio que nos purificó se ha borrado con la memoria de las manchas de que entonces estábamos cubiertos.

24. Esto sucede en las mas de las conversiones, de lo que nace que sean tan poco durables. Dios quiere que en todos los instantes de la vida se conozca el inestimable precio de la gracia que mudó nuestro corazon: deja de ser misericordioso, luego que dejamos de ser agradecidos á sus misericordias. David, á pesar de su rigorosa penitencia, de sus lágrimas y de sus cánticos, aun no veia en sí sino al asesino de Urías, y al violador de la santidad del lecho conyugal: su culpa, aun despues de mucho tiempo de expiada, se manifestaba continuamente á su vista como una sombra importuna; y ni el resplandor del trono, ni la prosperidad de su reinado, ni el número de sus victorias, ni la constante fidelidad que observó despues á la ley de Dios, ni su celo por la majestad del culto divino, ni las alabanzas de sus profecías, que parecian haberle borrado la memoria de su pecado, para no acordarse mas que de su piedad, y de tantas acciones santas con que despues le habia reparado, no pudieron borrarle de su espíritu y de su corazon: *Et peccatum meum contra me est semper*<sup>1</sup>.

25. ¡Oh Dios! decia continuamente el penitente Rey, cuando me acuerdo en vuestra presencia de la multitud de mis iniquidades, de las gracias con que siempre me habeis favorecido, aun cuando yo con mas ingratitud y escándalo violaba vuestra santa ley, se turba mi corazon, me abandona mi confianza, y mis ojos miran sin gusto todo este resplandor y grandeza que me rodea: *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum*<sup>2</sup>. Sí, Dios mio, todos los placeres del reinar no pueden aliviar la gran tristeza que deja en mi alma el dolor de haberos ofendido: *Afflictus sum*<sup>3</sup>. Toda la gloria de mi reino no equivale al secreto abatimiento que en vuestra presencia me hace padecer la memoria de mis flaquezas: *Humiliatus sum*<sup>4</sup>. ¿Qué podré yo, Señor, daros por tan-

<sup>1</sup> Psalm. 1, 4. — <sup>2</sup> Ibid. xxxvii, 22. — <sup>3</sup> Ibid. 9. — <sup>4</sup> Ibid.

tas bendiciones con que me habeis enriquecido? En mis desórdenes nunca me habeis desamparado; me enviásteis profetas que me anunciasen vuestras santas voluntades; me disteis un corazón dócil y dispuesto para la verdad; siempre me favorecísteis contra mis enemigos; multiplicásteis mi descendencia, y asegurásteis para siempre en mi casa el trono de Judá; me hicisteis amado de mis pueblos, y temido de mis vecinos, ¿qué os daré yo, Señor, por tantos beneficios? ¿Podrán acaso bastar mis lágrimas para expiar mis delitos ó para agradecer vuestras gracias? *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi* <sup>1</sup>? De este modo perseveró David hasta el fin, y afianzó en la continua memoria de su pecado la seguridad de su penitencia.

26. Finalmente, la última razón por que dejamos entibiar nuestro agradecimiento, después de los primeros pasos de nuestra conversión, es porque no consideramos que cuando Dios mudó nuestro corazón, nos prefirió á otras muchas almas menos pecadoras que nosotros, y no obstante las dejó en el camino de la perdición.

27. La preferencia que Dios usó con María, no en sacarla del pecado, sino en preservarla de él, es para la Señora el mayor motivo de su agradecimiento: se acuerda de que al mismo tiempo que el Señor desprecia á las demás hijas de Judá, se digna mirar la belleza de su esclava, escogerla y llenarla de dones y de gracias; y siendo toda la ocupación de los pensamientos de María esta preferencia de las misericordias y amor del Señor para con ella, la sirve para despertar su amor, y asegurar su fidelidad.

28. Y á la verdad, católicos, no hay cosa que tanto dé á conocer el valor de la gracia á una alma en quien Dios ha infundido un santo disgusto del mundo, y un horror de los pasados desórdenes, como el ver á una infinidad de pecadores de todas clases, de todas edades, de todos sexos, y que solían ser cómplices de sus antiguos placeres, entregados aun á la ceguedad y á la corrupción de su corazón, cuando ella sola ha sido escogida y separada por un singular favor de Dios, sacada de sus desórdenes, ilustrada y llamada al conocimiento de la verdad; entonces, esta alma movida de la grandeza del beneficio, dice: ¿Qué habeis hallado en mí, ó Dios mío, que haya podido merecerme una distinción tan singular de gracia y misericordia? ¿Qué tenía yo más que tantas almas á quienes á mi vista habeis dejado perecer en el mundo, sino más miserias que curar y más oposiciones á vuestra gracia? ¿Qué os he hecho yo para

<sup>1</sup> Psalm. cxv, 12.

que así me prefirais? Yo he sido más indiscreto en mis pasiones, he resistido más tiempo á vuestras inspiraciones santas, he estado atado con más pesadas y más vergonzosas cadenas. Este es, Dios mío, todo mi mérito. Una abundancia de iniquidad ha atraído sobre mí la superabundancia de vuestras misericordias: habeis escogido la más flaca y más delincuente de vuestras criaturas, para hacer resplandecer más en mí el poder de vuestro brazo, y las maravillas de vuestra misericordia. ¡Oh Dios, que tan propicio sois al pecador, dadme un corazón capaz de amaros tanto, como desea mi agradecimiento y merece el exceso de vuestra bondad! En esto consiste, católicos, esta fidelidad de precaución, tan necesaria para conservar la gracia recibida. Pero á la fidelidad de precaución añadió María la fidelidad de correspondencia.

*Segunda parte: La fidelidad de María á la gracia la hizo progresar en ella.*

29. No basta haber evitado con precauciones saludables los escollos que pueden temerse en el principio de una vida cristiana; es necesario también seguir los caminos por donde la gracia nos llama, y adelantar continuamente en el camino de la salvación en que hemos entrado.

30. ¿Cuáles son, pues, las más comunes causas de nuestras recaídas? Primeramente, el no haber seguido toda la fuerza y toda la extensión de la gracia que nos sacó del desorden; en segundo lugar, el salirnos del camino por donde quería llevarnos; finalmente, el desmayar al tiempo que vamos adelantando y ceder á cada obstáculo que el demonio opone á nuestra propia flaqueza. Pero María ofrece á la gracia una correspondencia de perfección, una correspondencia de estado, y una correspondencia de perseverancia con que acaba de instruirnos.

31. En primer lugar, una correspondencia de perfección; y en esto enseña María á las almas movidas del deseo de su salvación, á no poner límites peligrosos á la gracia que las sacó de los desórdenes del mundo y de las pasiones. Jamás hubo criatura que hiciese vida más desprendida, más pura y más perfecta que esta santa hija de Judá; no tuvo inclinación que dividiese ó debilitase en su corazón el amor á Jesucristo; le amó más que á su propia estimación, pues las sospechas de José no pudieron sacar de su boca ni una sola palabra que perjudicase á su humildad; más que á su pa-

tria, pues huye á Egipto sin detenerse; mas que á los aplausos mundanos, pues no le insta, como sus demás parientes, á que se manifieste al mundo; mas que á su descanso, pues nunca le abandona en sus viajes; y finalmente, mas que á sí misma, pues le ofrece en sacrificio en el Calvario, sin que lo tierno de su amor ceda á lo grande de su fe; la llamaba la gracia al mas rigoroso desprendimiento, á las virtudes mas perfectas, á las acciones mas heroicas, y nunca la limita á un género de virtud mas suave y mas comun.

32. No hay, pues, cosa mas rara entre las personas que se han levantado de sus desórdenes que este género de correspondencia á la gracia. Bien sé que cada uno tiene su propio don; que la medida de la gracia no es la misma para todas las almas; y que al siervo á quien se le hubiere dado menos, tambien se le pedirá menos; pero aseguro que tú en particular, á quien Dios ha tocado, eres infiel á la gracia recibida, aunque te abstengas de los pasados delitos, si por otra parte te ciñes á costumbres tibias, sensuales y comunes.

33. Y fundo esta verdad en las luces con que Dios os ha favorecido y que se han seguido á vuestra penitencia: cuando abristeis los ojos para ver lo enorme de vuestros pasados delitos, los abristeis al mismo tiempo para ver hasta dónde se extendian vuestras obligaciones: conocísteis las reglas de la fe: visteis hasta dónde extiende el Evangelio el despego, el aborrecimiento del mundo, el desprecio de sí mismo, el amor de la cruz y la violencia de los sentidos y del espíritu: visteis en la mayor parte de las costumbres recibidas en el mundo, muchas cosas que no veian los mundanos; en cada accion conocíais lo mejor, segun la expresion del Apóstol, esto es, lo que debía hacerse para seguir el espíritu de la fe; y así digo que seréis juzgados segun lo que habeis conocido, y que vuestras luces serán en la presencia de Dios la medida de vuestras obligaciones.

34. Fundo tambien esta verdad en los pensamientos que Dios os inspira; y sino, acordaos de aquellos primeros instantes de penitencia en que empezásteis á detestar los desórdenes de vuestra vida pasada; entonces sentísteis un nuevo gusto en la oracion, en el retiro y en las santas austeridades: gemíais en lo íntimo de vuestro corazon por los empeños con que aun estábais ligados con el mundo, por los placeres que aun teníais precision de permitirlos, por las costumbres que una especie de cortesanía os hacia seguir:

os decíais á vos mismo que una alma cristiana debía desterrar de sí estas reliquias del mundo, y que una alma pecadora, entregada como la vuestra á las lágrimas y á la penitencia, debía mirar estas costumbres mitigadas como delitos. ¿No es verdad, católicos, que á pesar de la flaqueza que hasta ahora os ha hecho perseverar en este estado, no se han borrado aun de vuestros corazones estos pensamientos fieles? que aun os reprendeis todos los dias vuestra tibieza y vuestra infidelidad á los dones recibidos? que conocéis que aun falta algo á lo que Dios pide de vosotros? que no obstante el público error que alaba vuestra piedad, conocéis todavía que en la presencia de Dios estais muy distantes del estado á que os llama la gracia, y que las alabanzas de los hombres, que suponen en vosotros virtudes que no teneis, serán motivo de hacer mas severa vuestra condenacion? ¿No es verdad que toda vuestra vida, por mas inocente que parezca á la vista de los hombres, no es mas que una continuacion de remordimientos, que no experimentais aquella paz inocente que es el mas suave fruto de la gracia, y que aunque os absteneis del pecado, con todo eso os hallais privados de todos los consuelos de la virtud?

35. La vocacion, pues, del cielo está escrita, por decirlo así, en las inquietudes de vuestra alma. Si esta vida que aun seguís, natural y mundana, fuera la situacion ó estado en que Dios os quiere; si la gracia no os llamara á una abnegacion del mundo mas absoluta, á una mas severa vigilancia sobre vuestros sentidos, estaríais tranquilos en vuestro estado; solo experimentaríais aquellos deseos de un estado mas perfecto, inseparables de la justicia cristiana; pero no padeceríais las inquietudes de un corazon agitado, descontento, acobardado, que se esfuerza continuamente para levantarse sobre sí mismo, y que inmediatamente le abate su flaqueza; gustaríais las delicias que se experimentan en ser de Dios y en servirle: el estar vuestra virtud triste é inquieta, consiste en que es tibia é infiel; acaso otro que hubiera sido llamado á menor grado de gracia y de justicia se preservara de caer en este estado de imperfeccion; sus inclinaciones menos vivas, su genio mas moderado y su corazon menos fácil de moverse, no hallaria, entre los mismos peligros en que vosotros vivís, los mismos precipicios; pero vosotros, cuyas inclinaciones mas frágiles, cuya alma mas fácil en recibir las impresiones, solo puede estar segura léjos de los peligros y defendida con todas las precauciones de la fe, sentiríais que insensiblemente se debilita vuestra virtud, que se disminuye vues-

tro horror al vicio, que cada día se aumenta vuestra flaqueza, que cada objeto debilita vuestro corazon con nuevas impresiones, que cada victoria de las que conseguís disminuye vuestras fuerzas, y caeréis tanto mas peligrosamente, cuantas mas habian sido las caídas invisibles que habian precedido en vuestro corazon antes que un conocido abandono de Dios os manifestase á vosotros mismos vuestra caída. Es imposible el perseverar fiel por mucho tiempo no estando en el estado que Dios nos pide.

36. Finalmente, fundo esta verdad en vuestras pasadas costumbres. ¿Queréis saber cuáles deben ser los límites de vuestra virtud? Pues acordaos de cuál fue la medida de vuestros vicios; esta regla es indefectible; haced en la piedad los mismos progresos que hicisteis en los desórdenes; dad á Dios otro tanto como dísteis al mundo; aquel desasosiego, aquella embriaguez, aquel olvido de vuestros intereses y de vuestra gloria, aquellas sutilezas en vuestros empeños profanos, aquel corazon ocupado siempre en sus pasiones y que se tenia por feliz en sus penas, esto es lo que fuisteis para el mundo; pues sed lo mismo para Jesucristo; ofreced á vuestro corazon objetos mas santos; dejad para un Dios, que es solo digno de ser amado, la misma ansia, la misma constancia, la misma sutileza que teníais para las vanas criaturas; en vuestras deplorables pasiones hacéais gala de parecer héroes, de ser mas sinceros, mas generosos, mas fieles y mas grandes que los demás hombres. Servid á Jesucristo con la misma nobleza, sin temor, sin respetos, sin division, sin bajeza; llevad la misma grandeza de alma al pié de sus altares; no os contenteis con una virtud débil y comun, ni degradingeis vuestro corazon cuando le entregais á Jesucristo, cuya gracia le eleva y ennoblece cuando está tímido y abatido.

37. Sí, católicos, las pasiones en las personas de cierta clase siempre son vivas, sobresalientes y extremadas, y la penitencia flaca, débil y tímida; vuelven en sí de los pasados desórdenes, arreglan sus costumbres, se reconcilian con las cosas santas, pero no reparan los excesos pasados; suelen amparar á los justos, honrarlos con su familiaridad, alentar su celo, proteger las empresas útiles á la piedad, pero sin conocer las lágrimas, los rigores, los santos desprecios de las cosas del mundo, ni los sacrificios de la penitencia; tienen las públicas virtudes en que nada padece el amor propio, pero no las personales que son las que solamente forman al hombre interior y obran la verdadera mudanza del corazon; esta suele ser la penitencia particularmente de los grandes: hácese

mas favorecedores de la piedad, pero no son por eso mas rigurosos consigo mismos; hácese mas religiosos, pero no mas penitentes. La primera cosa que Dios pide á un pecador, por mas distinguido que sea en el mundo, es sus suspiros, sus lágrimas y sus trabajos. No se contentó David con llevar en triunfo á Jerusalem el arca santa, con haber juntado á costa de grandes gastos los materiales para un magnífico templo, con honrar la santidad de Natan y del pontífice Abiatar; sino que lloró su pecado cubierto de ceniza y de cilicio; interrumpió mil veces su sueño para bañar su cama con sus lágrimas y confesar en la presencia del Señor la ingratitud y enormidad de su delito; pasó lo restante de sus días lleno de pensamientos de compuncion y amargura, no pudiendo persuadirse que lo elevado de su dignidad le dispensaba en las reglas esenciales de la penitencia; es necesario padecer para satisfacer delante de Dios por vuestros pecaminosos deleites, y mientras que vuestras pasiones no estén castigadas, no pueden estar mas que medio extinguidas.

38. Estas son reglas de fe y de equidad; vosotros podeis juzgar acerca de ellas. No basta haber salido de Sodoma y de los caminos de la iniquidad, es necesario seguir á la gracia hasta donde ella quiera conducirnos. Salió Lot de aquella ciudad reprobada que Dios entregó á las llamas de su venganza, pero esto no fue mas que el principio de su salud; quiso el Ángel llevarle hasta lo alto de la montaña, no se atreve á seguirle, se asusta con la dificultad del camino, y pide que se le permita detenerse á un lado en una ciudad situada en la cuesta: *Qui nec possum in monte salvari... est civitas juxta*<sup>1</sup>. Con este medio creía haberse puesto en seguridad, haberse libertado del peligro de Sodoma y de la fatiga de la montaña. Pero las mitigaciones en materia de obligacion siempre son peligrosas; le abandona Dios, se emborracha, y da motivo al mas abominable de todos los pecados; la virtud que busca el descanso está muy cerca de la virtud que se aparta del camino; y cuando no hacemos mas que medio huir del vicio, estamos muy expuestos á volverle á encontrar; y esta es la primera infidelidad que inutiliza la gracia de la conversion.

39. La segunda consiste en seguir los caminos que nos dicta nuestra vanidad ó nuestro capricho, y no aquellos por donde quiere conducirnos la gracia; pero María evita este escollo con una correspondencia de estado: elevada al grado mas sublime de la gra-

<sup>1</sup> Genes. XIX, 19, 20.

cia y con derecho de aspirar á los mas extraordinarios caminos, no sale del simple y natural de su estado : toda su piedad se halla limitada á criar á su Hijo con un religioso cuidado en su retiro de Nazaret ; en tributar á José el respeto y obediencia que le era debido por razon del sagrado vínculo con que á él estaba unida ; en ir todos los años á Jerusalem para celebrar allí la Pascua con su pueblo ; en sujetarse á las comunes observancias de la ley ; siempre persevera fiel en seguir la gracia en todos los acontecimientos de su vida ; nunca se persuade que un estado diferente seria mas favorable á la piedad ; en las circunstancias en que Dios la pone, nunca busca razones para justificar lo que Dios condena ; y el camino por donde la conduce la gracia, la parece siempre el mas propio para su eterna salud. En esto suelen engañarse las mas santas intenciones, y aun la misma piedad suele ser nuestra mas peligrosa ilusion ; apenas se encuentra quien quiera ir á Dios por el camino que le señala su gracia.

40. Algunos hay á quienes les parecen ligeras todas las cruces menos las que les envia la divina Providencia : la pérdida de sus bienes y de su fortuna les parece tolerable, pero no pueden sufrir la mala fe de un enemigo que los deshonor y calumnia, y les parecen muy injustos estos sentimientos ; en cualquiera otro estado que Dios nos colocase nos parece que le seríamos fieles, pero en este que es el único camino por donde la gracia queria guiarnos, nos quejamos de su providencia y faltamos á sus órdenes.

41. En medio del mundo, á donde nos llama nuestro estado, nos decimos á nosotros mismos que seríamos mas fieles en el retiro y léjos de los peligros : en el retiro, en donde algunas veces nos detiene nuestra obligacion, nos persuadimos que la piedad sola, y entregada á sí misma, se relaja y desfallece, y que el trato de los justos, y los públicos socorros de la virtud la alientan y confortan : entre los cuidados públicos una condicion particular parece mas proporcionada á la salvacion : si nos hallamos en este estado, pretextamos la inutilidad, y creemos que una vida desocupada casi no puede ser inocente : los que están ligados con el santo vínculo del matrimonio se quejan de que las antipatías casi siempre inseparables de una mútua sujecion son un obstáculo invencible para salvarse : los que se hallan en un estado libre se figuran que si estuvieran ligados tendrian su corazon tranquilo, y serviria esto de freno á sus locas pasiones : cada uno apetece las obligaciones esenciales del estado en que no se halla, y nadie es fiel á la gracia de su

propio estado. Señor, decian los israelitas en el desierto, ¿nos habeis acaso traído á estos lugares áridos para que nos sirvan de sepulcro? Dadnos enemigos con quienes pelear y de quienes podamos defendernos, y no peñascos ardiendo, hambre y sed que nos consumen<sup>1</sup> : *Cur eduxisti nos in desertum istud ut occideres omnem multitudinem fame?* Señor, decian los mismos despues que salieron del desierto y llegaron á los países de Canaan, ¿para qué nos sacásteis del desierto? Allí solamente teníamos que defendernos de las incomodidades de un largo viaje ; aquí vamos á ser presa de estos pueblos valerosos é innumerables que nos rodean, y nos traeis á una tierra habitada de gigantes y mónstruos que tragan á sus habitantes : *Terra devorat habitatores suos*<sup>2</sup>.

42. En el desierto, donde no necesitaban mas que de paciencia, les parecian fáciles el valor y la fuerza de los combates ; en Palestina, donde debian combatir, les parecia mas fácil sufrir las incomodidades del desierto. De este modo, ¡oh Dios mio! con una continua ilusion siempre de nosotros mismos, é infieles al estado en que nos habeis puesto, sustituimos á las presentes obligaciones, que serian penosas á la naturaleza, unos sacrificios quiméricos que divierten la fantasía y nada cuestan al corazon.

43. Finalmente, á esta correspondencia de estado añade María una correspondencia de perseverancia. Hasta el fin ofrece á todos los rigores que Dios envió sobre ella una fe siempre mas viva y mas constante ; si Jesucristo, siendo aun niño, para probar al parecer su tierno amor, se pierde de su vista y se oculta en el templo, léjos de enfadarse, corre como la esposa en busca de su esposo que ha perdido, y no cesan sus cuidados hasta que halla á su amado. En las bodas de Caná, la respuesta de Jesucristo, tan áspera al parecer, no desalienta su fe, y en el mismo tiempo en que parece manifestarla el Señor tanto despego, espera todo cuanto de él puede esperar ; y su fidelidad, fundada sobre reglas sólidas, no depende de los diversos modos de proceder de Jesucristo para con María.

44. Por lo comun en los principios de la piedad nos mantenemos por un cierto gusto sensible, que casi siempre acompaña á los primeros pasos de una nueva vida : gusto, que las mas veces tanto es obra de la naturaleza como de la gracia, y que regularmente proviene mas de la flaqueza y timidez de un corazon tierno, que de una plenitud de amor y de compuncion ; y así, llegando á faltar este gusto y no teniendo apoyo sensible el corazon, desmaya, se

<sup>1</sup> Exod. xvi, 3. — <sup>2</sup> Num. xiii, 33.

entibia y pierde el ánimo; mira atrás, está cerca de recaer, y por fin recae. Esta es la suerte de las mas de las almas: su piedad es una piedad sensible y gustosa; es un cierto atractivo inseparable de la novedad, y que tiene siempre mas imperio sobre las almas ligeras é inconstantes; no es una real y profunda persuasion de las verdades santas, un temor verdadero del juicio de Dios, un santo aborrecimiento de sí mismas, un desprecio heróico del mundo y de sus deleites, ni una mutación universal del corazon; y de aquí provienen las tristes escenas que afligen á la Iglesia, que deshonoran la virtud, y que vemos todos los dias suceder; de aquí proviene el burlarse el mundo de tantas almas, que despues de haberle abandonado con ruido, vuelven luego á sus placeres.

45. Cuando nos volvemos á Dios, católicos, es necesario esperar disgustos y amarguras; mirar estas como parte de la penitencia que nos impone el Señor; fundar la felicidad, no sobre el gusto que pasa, sino sobre reglas santas, sobre máximas de fe, sobre la verdad que siempre es permanente; convencerse con la luz que Dios nos inspira, de que el mundo es un sueño, que el pecado es la única desgracia del hombre, que la inocencia es la verdadera felicidad aun en la tierra, que los males y bienes presentes no son verdaderos bienes ni males, y que nuestros títulos, nuestras dignidades, en una palabra, todo cuanto somos á la vista de los hombres perecerá con los hombres, y solo serémos eternamente lo que seamos en la presencia de Dios. El gusto pasa, pero la verdad permanece eternamente. Y además de esto, decidme: el mundo, á quien renunciásteis, ¿no tenia tambien sus amarguras? ¿No habia tambien entre sus placeres muchos ratos de molestia y de tristeza? Los caminos de las pasiones de que salisteis ¿estaban por ventura siempre sembrados de flores? ¿Es posible que habiendo amado tanto tiempo á un mundo pérfido, injusto y molesto, os hayais de cansar de la virtud y de la inocencia al primer instante de disgusto? ¡Oh alma fiel! ¿Son acaso mas insufribles los disgustos de la virtud que los del pecado? Estos dejan en el corazon una raíz terrible y funesta, que hace que no podamos sufrirnos á nosotros mismos; derraman un torrente de amarguras en lo interior de nuestra conciencia; no dejan al pecador ningun recurso dentro de sí; y entregándole á sí mismo, le entregan á todas sus desgracias.

46. Por el contrario, los disgustos de la virtud no son mas que unas inquietudes superficiales, que siempre dejan en el fondo de la conciencia una paz y una tranquilidad secreta: son nubes pasa-

geras que ocultan por un instante al alma su Señor y su Dios, pero que no apagan en ella las luces de la fe que alumbra aun en este lugar oscuro, y que en secreto la consuela en sus penas.

47. En la Escritura santa podeis ver la diferencia. Saul, cansado de sí mismo y de sus delitos, es un infeliz que no puede sufrir el peso de su conciencia: vuélvese á todas partes, y no halla cosa alguna que pueda calmar los furores de su alma; el arpa de un pastor divierte su tristeza, pero no la cura: los encantos de una pitonisa engañan su vista, pero no pueden engañar su corazon: los espectáculos del reino mitigan su enfado, pero no pueden librarle de sus crueles pesares: busca modo de engañarse y no le halla: huye de sí mismo y se encuentra en todas partes: siempre lleva consigo sus inquietudes y disgustos, y léjos de suavizar con los placeres que le cercan la amargura de su alma, derrama esta amargura sobre todos los placeres que pudieran consolarle. Estas son las inquietudes del pecado.

48. Al contrario David, padeciendo las amarguras á que Dios suele entregar algunas veces las almas justas. ¡Cuándo, ó Dios mio! dice, derramaréis sobre mi alma aquellos inexplicables consuelos, en que conoce un corazon que os ama lo suave que sois, y la gran felicidad que tiene en ser vuestro: *Quando consolaberis me?* ¡Ah! si vuestra santa ley no me sostuviera en este estado de tristeza y de trabajo, no podria defenderme de mí mismo, y mi flaqueza venceria la grandeza de vuestros beneficios, la verdad de vuestras promesas y la fidelidad que tantas veces os he prometido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte perissem in humilitate mea?* El uno abandonado de Dios y entregado á sí mismo, no halla alivio sino en los horrores de su propia conciencia; el otro alligido por Dios, pero teniéndole siempre oculto en lo íntimo de su corazon, lleva consigo el consuelo de todas sus penas. En una palabra; el pecador, perdiendo el gusto de los placeres, lo pierde todo. El justo nada pierde en perder los consuelos sensibles de la virtud, porque no pierde la misma virtud. ¡Gran Dios! ¡Qué fácil es el consolarnos mientras que os poseemos! ¡Cuánto mas apreciables son las amarguras de la virtud que las falsas alegrías del pecado! ¡Y qué bien se recompensan los rigores con que afligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que ni el mundo conoce ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos da María: felices nosotros si, ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.

Psalm. cxviii, 182. — Psalm. cxviii, 92.

